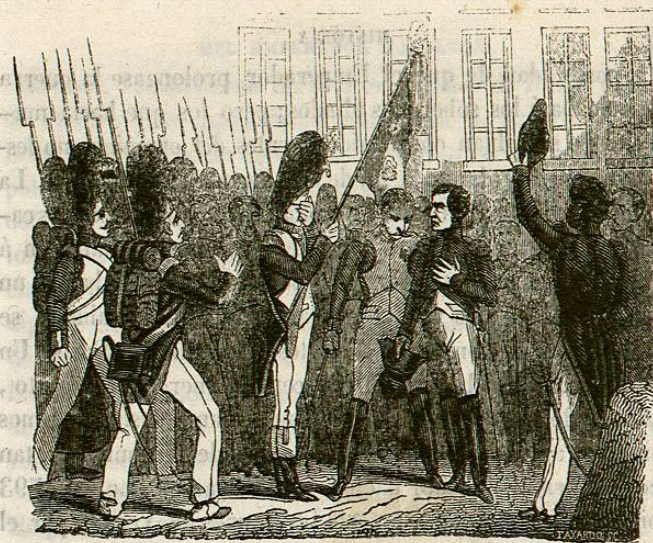


RESUMEN CRONOLÓGICO.



1814. — CAMPAÑA DE FRANCIA.

- | | |
|--|--|
| <p>1.º de enero. Discurso del Emperador á los miembros del cuerpo legislativo.
— Capitulacion de Dantzick.
2. — Toma del fuerte Louis (Bajo Rhin) por los rusos.
3. — Ocupacion de Colmar (Alto Rhin) por los bávaros.
— Ocupacion de Montbelliard por los austríacos.
6. — Armisticio entre la Inglaterra y el rey de Nápoles.
9. — Combate de Rambervillers.
11. — Alianza entre el Austria y el rey de Nápoles.
16. — Ocupacion de Nancy.
17. — Toma de Langres.
19. — Ocupacion de Dijon.
21. — Entrada de los austríacos en Châlons-sur-Saône.
— Paso del Mosa por los prusianos.
22. — Salida de la guarnicion de Thionville.
14. — Marcha de Pio VII hácia Roma.
— El Emperador sale para el ejército.
26. — El Emperador coloca su cuartel general en Châlons-sur-Marne.
27. — Combate y toma de Saint-Dizier.
29. — Batalla y victoria de Brienne.
1.º de febrero. — Batalla de la Rothiere.
— Bombardeo y sitio de Amberes.
2. — Combate de Ronay.
3. — Combate de la Chaussée.
4. — Combate de Saint-Thiébauld.
— Rendicion de Châlons.
5. — Abertura del congreso de Châtillon.
7. — Toma de Troyes por los aliados.
8. — Batalla y victoria del Mincio.
9. — Combate de la Ferté-sous-Jouarre.
10. — Combate de Champ-Aubert.
11. — Llegada del duque de Angulema á San Juan de Luz.
— Combate y victoria de Montmirail.
— Ataque de Nogent-sur-Seine.
12. — Combate de Château-Thierry.
— Rendicion de Sens.
14. — Combate y triunfo de Vauchamps.
— Toma de Soissons.
17. — Combate de Mormant.</p> | <p>— 2.º combate de Montmirail.
— Retirada de los aliados á Troyes.
18. — Combate y victoria de Montreau.
21. — Llegada del conde de Artois á Vesoul.
22. — Combate de Mery-sur-Seine.
— 2.º combate de Château-Thierry.
23. — Combate de Fontvannes.
— Reconquista de Troyes.
26. — 2.º combate de Bar-sur-Aube.
27. — 3.º combate de Bar-sur-Aube.
— 1.º combate de Meaux.
— Batalla de Orthez.
28. — Combate de Gué-á-Trême.
— Rendicion de la Fête
1.º de marzo. Tratado de Chaumont entre las potencias coalidadas.
2. — Tratado de Soissons.
— Combate de Bar-sur-Seine.
3. — Combate de Neuilly-Saint-Front.
7. — Batalla de Craonne.
— 1.º combate de Courtay.
9. — Batalla de Laon.
— Combate de Berg-op-Zoom.
11. — Combates de Macon y de Bourg.
12. — Entrada del duque de Angulema en Burdeos.
31. — Reconquista de Reims.
— Combate de Saint-Nicolas.
15 de marzo. Ataque de Compiègne.
16. — Ataque de Epernay.
18. — Combate de Nogent.
— Combate de Saint-Georges.
19. — Combates de Plancy y de Méry.
— Ruptura del congreso de Châtillon.
20. — Batalla de Arcis-sur-Aube.
21. — Combate de Epernay.
— Ocupacion de Lyon por los austríacos.
23. — Ataque de Maubeuge.
24. — Fernando VII vuelve á entrar en España.
25. — Combate de la Fête champenoise.
26. — 2.º combate de Saint-Dizier.
— Combate y toma de Gand.
27. — 2.º combate de Meaux.
28. — Sitio de Soissons.
29. — La Emperatriz parte para Blois.
30. — Batalla y capitulacion de Paris.
— El Emperador en Fromenteau.
32. — 2.º combate de Courtray.
— Entrada de los aliados en Paris.</p> |
|--|--|



Despedida del Emperador á sus soldados.

FONTAINEBLEAU. — ISLA DE ELBA. — PARIS.

ABDICACION. — VUELTA Á FRANCIA.

Quando los ejércitos aliados entraron en Paris, Burdeos, y Lion abandonado y sin defensa, habia sido ocupada por los austríacos: la pérdida de las dos principales ciudades del Imperio pareció que señalaba el fin natural del gobierno imperial.

Mientras que se tramaban las defecciones en Paris, el ejército se reunia en Fontainebleau al rededor del Emperador. Pero solo, ¿que podia el amor de los soldados? Entre los gefes del ejército eran muy pocos los que conservaban hácia el Emperador el afecto que, á mas del deber, debia inspirarles el reconocimiento; y resueltos á no combatir ya, no pensaban sino en conservar los grados, los títulos, las dignidades y riquezas de que les habia colmado el Emperador. Pero al lado de estos hombres, desertores en su intencion de la causa que un resto de pudor les impedia abandonar públicamente, se hallaban tambien oficiales valientes, cuyo ardimiento y fidelidad se hallaban integros aun: estos no desesperaban todavia de la salvacion de la Francia.

La posibilidad de que el Emperador prolongase la guerra atemorizaba á los soberanos aliados; pero los que hacia mucho tiempo se habian constituido agentes del enemigo, no des-cuidaban medio alguno á fin de desvanecer estos temores. La capital se hallaba inundada de mil folletos, en que hábiles calumniadores, mezclando lo verdadero y lo falso, insultaban á Napoleon. Era un desenfreno de todas las pasiones bajas; un triunfo de todas las vilezas, y hasta los mismos aliados se admiraban de la conducta de ciertos habitantes de Paris. Un general extranjero ha dado á conocer con energía el disgusto, mezclado de sorpresa, que experimentaban nuestros mismos enemigos, al ver aquella manifestacion de sentimientos tan poco conformes al honor nacional. «La nacion que en 1793 habia dejado condenar á muerte las jóvenes de Verdun por el solo crimen de haber cumplimentado al rey de Prusia, miró en 1814 como filibusteros á los defensores de la patria, y como héroes á los soldados de la coalicion. No enrojecieron de vergüenza los que adornaron sus cabezas con gorras á lo Blucher ocho dias antes que resonára en Paris el estrépito del cañon. Los valientes que se cubrieron de gloria, defendiendo la capital contra fuerzas décuplas, extenuados de hambre y de fatiga, al atravesarla no hallaron los socorros que merecian, y las tiendas cerradas á su paso se abrieron á los panduros. Todos los juicios se habian trastornado. Burdeos acogió como libertadores á los ingleses. Solo Lion se entristeció al aspecto de los austríacos.»

Entretanto los gritos populares, sobre los que se habian fundado tantas esperanzas, no convencieron á los soberanos aliados. El ejército estaba de parte de Napoleon, y las acaloradas demostraciones de algunos partidarios de los Borbones no les parecían una manifestacion suficiente del voto nacional. El comité, presidido por Mr. de Talleyrand, observó con inquietud esta incertidumbre y duda, y vió que era preciso confundirla. Una atrevida operacion del Emperador, un ataque vigoroso seguido de un triunfo podian destruir en un solo instante la obra de una larga traicion. La minoría del Senado proclamó como destronado á Napoleon, é instituyó un gobierno provisorio: esto era ofrecer un punto de reunion á la

defeccion. Se tendieron lazos al emperador de Rusia y al rey de Prusia, y en ausencia del emperador de Austria se les arancó la declaracion de que no tratarian en adelante con Napoleon. Armados de este documento importante, los emisarios del comité trataron de corromper la fidelidad ya vacilante de los generales. Uno de ellos, el mariscal Marmont, se dejó alucinar. A consecuencia de un convenio celebrado con el príncipe de Schwartzemberg, sus tropas abandonaron la posicion de Essonne que cubria Fontainebleau, sometiéndose al gobierno provisorio, y los soberanos aliados se persuadieron desde entonces que el ejército abandonaba al Emperador, y vieron perdida enteramente su causa.

Una victoria hubiera cambiado aquellas disposiciones; el Emperador se habia mostrado decidido á probar una vez aun la suerte de las armas, pero le habia hecho renunciar á este deseo el abatimiento de los mariscales y generales que le rodeaban; á consejo suyo, el 4 de abril, remitió al duque de Vicenza, su plenipotenciario en Paris, la siguiente declaracion:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el solo obstáculo que se oponia al restablecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleon, fiel á su juramento, está pronto á bajar del trono, á abandonar la Francia y hasta la misma vida por el bien de su patria, inseparable de los derechos de su hijo, de la regencia de la Emperatriz, y del mantenimiento de las leyes del Imperio.»

La noticia del convenio celebrado por Marmont fué dolorosa para el Emperador. «Ingrato! exclamó; él será mas desgraciado que yo.» Maldicion profética que el tiempo se ha encargado de cumplir! Una orden del dia dirigida al ejército hizo participar á los soldados de sus dolorosos sentimientos. Este documento puede considerarse como la única defensa que Napoleon creyó deber oponer entonces á la conducta de sus enemigos y á las calumnias de la traicion. Es digno y elocuente.

«El Emperador da gracias al ejército por el afecto de que le da pruebas, y principalmente porque conoce que en él consiste la Francia y no en el pueblo de la capital. El soldado sigue la fortuna y los reveses de su general, su honor

« y su religion. El duque de Ragusa no ha inspirado estos sentimientos á sus compañeros de armas, y se ha sometido á los aliados. El Emperador no puede aprobar de modo alguno la condicion bajo la cual ha dado este paso; no puede aceptar la vida y la libertad de manos de un vasallo. El senado ha creído poder disponer del gobierno francés; ha olvidado que el poder de que abusa lo debe al Emperador: que el Emperador es quien salvó una parte de sus miembros de las tormentas de la Revolucion, sacó de la oscuridad y protegió á la otra contra el ódio de la nacion. El senado se funda en los artículos de la constitucion para abolirla; no se ruboriza al lanzar acusaciones contra el Emperador, sin notar que como primer cuerpo del estado ha tomado parte en todos los sucesos. Hasta ha llegado á acusar al Emperador de haber cambiado las actas en su publicacion, y el mundo entero sabe que no tenia necesidad de tales artificios. Un signo era una orden para el senado, que hacia siempre mas de lo que de él se deseaba... La felicidad de la Francia parecia hallarse en el destino del Emperador; pero hoy dia que la fortuna se ha decidido contra él, solo la voluntad de la nacion podria hacerle permanecer por mas tiempo en el trono. Si debe considerarse como el obstáculo que se opone á la paz, hace el último sacrificio á la Francia. En consecuencia ha enviado á Paris el príncipe de la Moskowa, y los duques de Vicenza y de Tarento, para entablar la negociacion. El ejército puede estar cierto de que el honor del Emperador no se hallará jamas en contradiccion con la felicidad de la Francia.»

Volvieron de Paris los plenipotenciarios; la abdicacion dada no satisfacía á los enemigos de Napoleon, pues exigian que abandonára los derechos de su hijo. El primer impulso del Emperador fué romper toda negociacion.

En Fontainebleau tenia aun á su alrededor veinte y cinco mil hombres de su guardia. Nada se oponia á que juntára los veinte y cinco mil del ejército de Lion; los diez y ocho mil que conducia de Italia el lugar teniente general Grenier; los

quinze mil que con el mariscal Suchet volvian de Cataluña, los cuarenta mil del mariscal Soult, y volver á aparecer en el campo de batalla al frente de mas de ciento veinte mil combatientes. Era dueño de todas las plazas fuertes de Francia y de Italia. Hubiera de este modo entretenido por mucho tiempo la guerra, y muchas victorias se ofrecian á sus cálculos; pero sus enemigos declaraban á la Europa que él era el solo obstáculo que se oponia á la paz; consumó el sacrificio que se le habia pedido en nombre de la Francia, y el 11 firmó esta nueva fórmula de abdicacion.

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el Emperador era el solo obstáculo que se oponia al restablecimiento de la paz en Europa, el Emperador, fiel á su juramento, declara que renuncia para él y para sus hijos los tronos de Francia é Italia, y que no existe sacrificio alguno, hasta el de su vida, que no se halle pronto á ejecutar por los intereses de la Francia.»

Se propuso un tratado para arreglar el porvenir de Napoleon. A este tratado, cuyas condiciones no debian ser observadas por los mismos que lo firmaron, no queria suscribir el Emperador; semejante negociacion le parecia humillante é inútil. Sobreviviendo á tantas grandezas, queria vivir en adelante como simple particular, y se avergonzaba de que en sacrificio tan grande, ofrecido á la paz del mundo, se mezcláran arreglos pecuniarios. «Para que un tratado, decia, si no se quiere arreglar conmigo lo que concierne á los intereses de la Francia? Desde el instante en que no se trata mas que de mi persona, no debe hacerse tratado alguno.... Me han vencido, cedo á la suerte de las armas. Solo pido no ser prisionero de guerra, y para concedérmelo basta solo un simple cartel.»

Todos los padecimientos de espíritu que le suscitaban estas pretensiones motivaron una accion extraordinaria y difícil de explicar de parte de aquel que habia dicho á la guardia consular: «un soldado debe saber vencer el dolor.... Tanto valor existe en sufrir con constancia las penas del alma, como en permanecer firme bajo la metralla de una batería.... Abandonarse al dolor sin resistir, suicidarse para sustraerse

« él, es abandonar el campo de batalla sin haber vencido. » Nosotros contaremos este suceso bajo el testimonio de un hombre que acompañaba entonces al Emperador y que gozaba de toda su confianza.

« En la noche del 12 al 13, el silencio de los largos corredores de palacio, dice M. Fain, fué turbado de repente por frecuentes idas y venidas: suben y bajan los pages del palacio, se encienden las bugías de la habitación interior y levántanse luego los ayudas de cámara. Lllaman al doctor Yvan: despiertan al gran mariscal Bertrand, al duque de Vicenza y al de Bassano: todos llegan y sucesivamente son introducidos en el cuarto en que dormía Napoleon. En vano la curiosidad aplica una oreja inquieta: no pueden oirse mas que gemidos y sollozos que parten de la antecámara y se prolongan por la galería vecina. Sale de repente el doctor Yvan, baja al patio y encontrando un caballo atado á las rejas, monta en él y parte á galope. — La mas profunda obscuridad cubre con su velo el misterio de aquella noche. He aquí lo que se cuenta de ella: « En la época de la retirada de Moscou, Napoleon se habia procurado, en caso de accidente, el medio de no caer vivo en manos del enemigo. Pidió á su cirujano Yvan un saquito de ópio, que llevó consigo mientras duró el peligro. Desde entonces lo habia conservado cuidadosamente en un secreto de su escritorio. Aquella noche le pareció que habia llegado el momento de acudir á aquel último recurso. El ayuda de cámara que dormia detras de su puerta, entreabierto, le habia visto desleir alguna cosa en un vaso de agua, beberlo, y volverse á acostar. Pronto los agudos dolores arrancaron á Napoleon el secreto de su próximo fin, y entonces fué cuando hizo llamar á sus mas íntimos servidores. Yvan fuera tambien llamado; pero sabiendo lo que acababa de pasar, y oyendo que Napoleon se quejaba de que la acción del veneno era demasiado lenta, quedó como aturdido y salió precipitadamente de Fontainebleau. Añaden que sobrevino un largo letargo, que despues de un sudor copioso cesaron los dolores, y que los síntomas horrorosos acabaron por desvanecerse, sea que la dosis fuese insuficiente, ó que el veneno se hubiese amortiguado con el tiempo. Dícese en fin que Na-

oleon, admirado de vivir, reflexionó algunos instantes: « Dios no lo quiere! » exclamó; y abandonándose á la Providencia que acababa de conservar su vida, se resignó á un nuevo destino.

« Lo que acaba de leerse es el secreto del interior. Sea lo que fuere, en la mañana del 13, Napoleon se levantó, y se vistió como de costumbre. Ya no se negaba á ratificar el tratado, antes bien lo autorizó con su firma. »

Sea por el respeto que inspira un antiguo guerrero, sea para hacer alarde de su generosidad, los aliados habian dado á escoger á Napoleon el lugar de su retiro; y él eligió la isla de Elba, como cercana á la Córcega, donde habia nacido, y á la Italia, primer teatro de su gloria. Conservaba el título de Emperador, y á petición suya, se le permitió conducir consigo un corto número de sus viejos soldados, con los cuales tantos peligros arrostrára, hombres firmes y adictos, á quienes no desalentaba la desgracia. Cuatrocientos de entre ellos fueron escogidos para seguirle, y si se hubieran admitido todos los de buena voluntad, la guardia entera le hubiera acompañado.

Al tratado del 13 de abril siguióse la dispersion de la familia imperial. La Emperatriz y el rey de Roma fueron entregados á los austríacos y conducidos á Viena. La madre del Emperador, su tio el cardenal Fesch buscaron un refugio en Roma; sus hermanos, José, Luis y Gerónimo se retiraron á Suiza. El Emperador, cercado en Fontainebleau por las avanzadas enemigas, no pudo abrazar á ninguno de sus parientes. Vió alejarse sucesivamente á la mayor parte de los generales y mariscales que poco antes todavía solicitaban el favor de su presencia; y Berthier, su mayor-general, el confidente de todos sus planes militares, le abandonó sin despedirse siquiera! — El Emperador esperaba en Fontainebleau la llegada de los comisarios de las potencias aliadas, que debian acompañarle hasta su embarque, cuando se le presentó el coronel Montholon; este oficial llegaba de las orillas del Alto-Loire, donde se le habia encargado un reconocimiento militar; dió cuenta al Emperador de los sentimientos de los pueblos y de las tropas, y trató de reunir los ejércitos del me-

«dio día. (Sault acababa de dar á los ingleses la batalla de Tolosa). Sonrió Napoleon al ver su celo. «No, le respondió, ya es tarde; no sería mas que una guerra civil, y nada podría decidirme á ello.»

Llegó en fin el día en que debía verificar su salida para la isla de Elba.

«El 20 de mayo, al medio día, los coches de viage se hallaban colocados en el patio de Cheval-Blanc, al pie de la escalera de Fer-á-Cheval. La guardia imperial tomó las armas; á la una Napoleon salió de su habitacion; encontró á su paso lo que quedaba de la corte mas numerosa y brillante de Europa: el duque de Bassano, el general Belliard, el coronel de Bussy, el coronel Anatolio Montesquieu, el conde de Turenne, el general Fouler, el baron Mesgrigny, el coronel Gourgaud, el baron Fain, el lugar teniente-coronel Athalin, el baron de la Place, el baron de Lelorgne de Ideville, el caballero Jouanne, el general Kosakowski, y el coronel Vonsowitch, los dos últimos polacos. Napoleon tendió la mano á cada uno de ellos, bajó la escalera con viveza, se adelantó hácia la guardia, á quien hizo señas de que queria hablar, y se escucharon sus últimas palabras con el silencio mas religioso:

«Soldados de mi antigua guardia, me despido de vosotros. «Veinte años hace que os hallo siempre en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de mi prosperidad, habeis sido siempre modelos de valor y de fidelidad. Con hombres como vosotros no se hubiera perdido nuestra causa; pero la guerra era interminable. Hubiera parado en guerra civil, y la Francia solo fuera mas desgraciada. He sacrificado, pues, todos nuestros intereses á los de la patria; yo parto; vosotros, amigos míos, continuad sirviendo á la Francia. Su felicidad era mi único pensamiento, «y será siempre el objeto de mis votos! No compadezcáis mi suerte; no he querido vivir sino para vuestra gloria. Voy á escribir las grandes hazañas que hemos hecho juntos!... «Adios, hijos míos. Quisiera poder estrecharos á todos sobre

«mi corazón; que á lo menos abrace vuestra bandera!...» «A estas palabras, el general Petit, cogiendo el águila, se adelantó; Napoleon recibió al general entre sus brazos, y besó el estandarte. El silencio de admiracion que inspiraba aquella grande escena era solo interrumpido por los sollozos de los soldados. Napoleon, cuya creciente emocion era visible, hizo un esfuerzo y añadió con voz mas firme: «Adios, antiguos compañeros míos! Que este último beso penetre en vuestros corazones!...» y apartándose de los que le rodeaban, se lanzó al coche, en que le esperaba ya el general Bertrand, y partió...»

La Francia ignoraba las intrigas que se habian puesto en accion y acogió con ardor á los Borbones. Aunque algunos ciudadanos conservaban secreta repugnancia, ninguna se manifestaba en las masas. Un pensamiento feliz del conde de Artois hizo fortuna: *Nada hay cambiado en Francia: no hay sino un francés de mas.* La presencia de los príncipes de la antigua casa real parecia deber salvar al país de una nueva anarquía; pues se estaba en la persuasion de que veinte años de desgracias habian instruido á estos príncipes, y pensábase que debian haber olvidado y aprendido mucho. Mejor que otro soberano alguno, se hallaban en estado de reconciliar la antigua Francia con la moderna. No les faltaba para ello mas que la cabeza y el corazón de Enrique IV, de quien descendian, y cuya herencia reclamaban. «La idea de conquista era insoportable á los parisienses, se queria á todo precio salir de esta situacion, y todos se acogian á la idea mas tolerable de una restauracion.» Esta vuelta del amor propio nacional sobre sí mismo fué hábilmente explotada, y la opinion de Paris arrastró entonces, como siempre, la de los departamentos.

Ya se sabe cuan poco satisfizo las esperanzas populares la administracion establecida en 1814 en nombre del rey Luis XVIII, quien, sean los que fueren los defectos de su carácter privado y los vicios de su organizacion moral, era un príncipe sabio y prudente; se acordó de que Enrique juzgaba que bien valia Paris una misa, y él pensó que una corona bien